

Raíces históricas de la violencia en Chile

Prof. Gabriel Salazar¹

El título de la ponencia o conversación que se me sugirió que desarrollaremos acá es “Las Raíces históricas de la violencia en Chile”. En 1981, vale decir justo en ese período en que se pasa del “boom” de la economía o del “milagro económico” de lo que fue la dictadura neoliberal a la gran crisis del 82, Mario Gongora, que probablemente ha sido el historiador más importantes del siglo XX en Chile, escribió un libro que se llama “El Desarrollo histórico acerca de la noción de estado en Chile en los siglos XIX y XX”. En ese libro el profesor Gongora señala que en nuestra historia el Estado ha sido el formador y el constructor de la sociedad. No es la Sociedad quien habría constituido al Estado a su imagen y semejanza, sino que al revés. Como que el estado es la matriz de las identidades nacionales o de las características de nuestro sistema. En ese mismo texto el profesor Góngora sostiene que el Estado chileno fue en el siglo XIX un “estado guerrero”, un Estado más militar que guerrero; aunque no dice “militar”, dice “guerrero”. Y alude al hecho de que el siglo XIX fue un siglo de guerras para este país: Guerra de la Independencia, guerra contra los campesinos entre 1818 y 1832, guerras dos veces contra la Confederación Perú boliviana, Guerra contra España, guerra civil en 1851, 1852, 1859, 1891; el estado de guerra habría sido permanente en el siglo XIX de nuestra sociedad. Entonces, él le da el nombre de “estado guerrero”, sugiriendo, aunque no lo dice, que el Estado es intrínsecamente guerrero. El estado chileno habría sido

el constructor de la sociedad, en el fondo, sugiriendo que a través de la guerra. De alguna manera, suscribiendo lo que planteó en algún momento Michel Foucault; de que “la política no es más que la continuación de la guerra por otros medios”.

Recuerdo a M. Góngora y a sus ideas matrices, porque su libro fue muy leído en 1981, estuvo muy presente en el debate que se abrió en 1984 acerca de cómo debería ser la transición política de este país, de la dictadura neo-liberal a la así llamada democracia neo-liberal. Un libro determinante. Toda esa discusión, como Uds. saben, se dio sobre la base de que el Estado es la matriz de la Sociedad: “Reconstruyamos primero el Estado para que desde el Estado se reconstruya la sociedad. No invitaremos a los actores sociales a una mesa de conversaciones para construir el Estado, es al revés, reconstituycamos al Estado con los actores que habitualmente están habitándolo y después de eso reconstituycamos la sociedad”. Es esta nuestra típica manera de proceder históricamente, es nuestra manera de incorporar la violencia histórica, que se ha hecho tradición, que se ha hecho constitución, institucionalidad, que se ha hecho cultura, que se ha hecho memoria para resolver nuestros conflictos.

Yo quiero comenzar esta exposición partiendo de la tesis de Góngora. Equivocada o no, pero considerándola más menos cierta, de que el estado chileno es un estado guerrero, y que ese estado construyó la sociedad, la identidad, el mercado, la cultura que hemos tenido a lo largo de todo el siglo

¹Departamento de Ciencias Históricas, Universidad de Chile

XX, y seguimos reproduciendo eso y lo que ese estado guerrero implicaba: en el fondo, el uso de la violencia. Este es mi punto de arranque para esta conversación.

En el tema que me proponían de las “raíces históricas”, yo estaría entendiendo, por tanto, cómo el ejercicio de la violencia se ha estructurado en este país de manera tal, que ha pasado a configurar profundamente nuestra memoria histórica y nuestra memoria social habitual, a partir de la cual, normalmente, uno construye proyectos de identidad; de identidad personal, identidad grupal, identidad intersubjetiva, identidad comunal y la identidad de nación.

Partimos de la base de que los proyectos de vida y los proyectos históricos en cualquier nivel que se den, desde lo subjetivo personal hasta lo colectivo nacional son proyectos que surgen conforme esté configurada la memoria social. La hipótesis con que vamos a trabajar es que en este país, esa memoria ha sido modelada por la violencia.

Aquí cambiamos un poco la figura de Góngora y sacamos los militares de en medio, por qué no sólo ellos han hecho violencia en este país. Entonces, en este sentido no vamos a describir los hechos de violencia, como un ejercicio historiográfico que podríamos hacer, sino que más bien vamos a hablar de cómo hay ciertos procesos fundamentales en este país que se desenvuelven por medio de la violencia. Los voy a numerar primero y después los comento muy rápidamente. En un primer lugar, tenemos en nuestra memoria muy profundamente grabado el fenómeno rotundo y brutal de lo que fue la Conquista, que ha definido desde entonces hasta hoy día nuestras relaciones con los grupos dueños de la tierra, o sea los mapuches. Segundo, la forma en que este país se ha construido y reconstruido una y otra vez, todo el tiempo igual, en base al Estado. Tercero, la forma en que en este país ha construido y reconstituido, una y otra vez, el mercado internacional. Cuarto, la forma en que en este país se han resuelto los conflictos, cuando los conflictos adquieren un rumbo y una proyección sociopolítica de rango social.

Quinto, la forma en que se han resuelto los problemas que surgen cuando, a nivel ya de la subjetividad, sea individual o grupal se adoptan actitudes delictuales: violencia intrafamiliar, violencia callejera, violencia con forzamiento para el robo, violencia a través del narcotráfico, violencia a través del alcoholismo, violencia delictual; respuesta policial.

Como todos esos no son pequeños fenómenos, han determinado la memoria social normal del chileno medio de este país. Una memoria mutilada, severamente mutilada y que incide precisamente en que uno construye identidades mutiladas, también. Por ejemplo, la identidad del ciudadano.

Si hay una identidad mutilada en este país es la del ciudadano, que de ser lo que fue en el siglo XVIII en toda la tradición hispano latina, (de lo cual podríamos estar hablando horas) hoy día estamos reducidos a la identidad ciudadana igual un voto, para elegir entre cuatro carteles que están pegados en un cable eléctrico, porque más que eso no sabemos. Como único ejercicio de soberanía. Y cómo todo lo anterior a su vez, determina subjetivamente, a nivel individual, especialmente: los jóvenes marginales de las poblaciones, como hoy se construye precariamente la identidad, como se construyen precariamente y mal finalmente, proyectos de vida, proyectos valóricos (para usar un poco la nomenclatura de Cristóbal Holzapfel) que de repente desde la sociedad podrían interpretarse como valoraciones negativas, pero que desde la perspectiva de los jóvenes “raperos”, por ejemplo, son valoraciones positivas, etc.

Sería eso un poco la pista que podríamos seguir en esta conversación. Respecto del primer hecho, el hecho de la Conquista, es importante con respecto al último de los puntos que citamos, es decir: cómo estamos en términos de memoria para construir identidad. El hecho de la conquista en este país a diferencia de otros países, es muy brutal, porque fue normalmente una relación de guerra “in extremis”. En México o en Perú la cultura indígena, que era mucho más desarrollada por lo demás, fue “integrada”. No se definió esa cultura mediada por una relación de guerra y de violencia. En este

país las etnias han sido tratadas desde su conquista, hasta el día de hoy, mediante una relación de guerra. Guerra, violencia durante todo el período colonial; un ejército específico llamado Ejército de la Frontera para destruir la comunidad indígena. Siglo XIX, para qué decir. El ejército victorioso que venció a los peruanos, dos veces, que sé yo, que no peleó con los argentinos y le fue mal con los españoles, sí fue extremadamente victorioso, como dicen los historiadores tradicionales en “pacificar” la Araucanía ¿Qué significó “pacificar la Araucanía”? Expulsar al 80% de la población indígena hacia el sur o hacia el otro lado de la cordillera, quitarle el 85% de la tierra y diezmar la población en un porcentaje que nunca se ha calculado, porque es la masacre más grande en la historia de Chile, y hoy en día el problema mapuche está definido, para no meternos en honduras, como “policial” o por último como de “seguridad interior del Estado”. No hay una relación política o una relación cultural de fondo. Habitualmente las relaciones con los pueblos indígenas en este país han estado intermediadas, mediadas por las guerras, y las guerras son los hechos prácticos, rotundos, brutales que han existido.

Podrán haber buenos etnólogos, buenos ethnohistoriadores, buenos antropólogos, buenos sociólogos, que sé yo, que estudian el problema indígena y curiosamente la mayor parte de los ethnohistoriadores siempre se preocupan de estudiar a los indígenas del siglo XVI, XVII y XVIII. Si ven un mapuche vivo, poco menos que arrancan; y es la verdad. Yo tengo mucho respeto por los antropólogos, pero veamos en el trabajo concreto que ocurre con la conceptualización. Construyamos conceptos, pero: ¿quién se atreve en este país a militar en el movimiento mapuche hasta sus últimas consecuencias?. Muy pocos. ¿Por qué digo todo esto? Por la siguiente razón; toda la cultura indígena, todo el pasado indígena, toda la identidad ancestral de esta tierra, todo lo que surge de la cultura de la tierra lo hemos situado al otro lado de la Frontera, la frontera guerrera del Bio-bío. No lo hemos integrado a nuestra memoria como parte de nuestra identidad.

Uno va a México y el pasado azteca está por todas partes. En el centro mismo, en el Zócalo, los más gloriosos momentos de Tenochtitlán se exhiben en los museos; fantástico el Museo mexicano de antropología. Va a Perú y lo mismo, va a Ecuador lo mismo. Uno va a Italia y desde los etruscos en adelante están presentes y hay un orgullo continuado. ¿Adónde quiero llegar? Que la conquista nos ha producido un cercenamiento con respecto a una identidad fundamental que no vemos integrada a nuestra cultura, en nuestra propia identidad. Y eso, en términos de conceptos que hoy en día se están debatiendo a nivel mundial, significa una sustracción, un erosionamiento, un debilitamiento de lo que hoy día se le llama capital social o que otros llaman “tradiciones cívicas”. Mientras más potentes las tradiciones cívicas de un pueblo, mayor identidad tiene, mayor potencial de acción, mayor capital social. Si uno recorre los pueblitos de la zona del centro de Italia, la Toscana, que son comunidades muy pequeñas pero de ¡un orgullo!, de ¡una capacidad de acción!, de ¡una autonomía!, con una potencia de identidad cultural y política, que uno dice y comprende, claro, que todo el paisaje haya sido construido en torno a esa identidad. Y su identidad llega hasta los etruscos, que son miles de años. Pero aquí no tenemos eso, no tenemos nuestra identidad, esa tradición cívica mapuche que podrían enseñarnos muchísimas cosas. La diversidad en la unidad, por ejemplo. O ¿cómo mantener la identidad sin Estado por tantos siglos? ¿Cómo reproducir las condiciones de lucha identitaria, a pesar de todas las derrotas que han tenido? Bueno, hay muchas cosas importantes.

Tenemos en segundo lugar el problema de la construcción del Estado. En Chile estamos acostumbrados a pensar que el estado es la ley fundamental de la nación, es un texto legal, está ahí. Es como el Génesis, como la Biblia “...Érase en el principio”. El Estado érase en el principio. ¿Cómo se construyó?, no importa, ahí está. La ley está y hay que ser respetuoso de la ley. Y hemos construido nuestro orgullo sobre esto. Basta leer los libros de varios historiadores extranjeros, chilenos, sociólogos, científicos políticos, que dicen que Chile ha tenido

el Estado más estable de toda América latina, y nos enorgullecemos de eso. Estabilidad, queriéndose decir con eso que hemos sido los más respetuosos de la ley. Exactamente eso... Si ustedes leen los libros de Historia siempre el Estado se estudia desde el punto de vista de cómo lo dice la Constitución. Y después se sigue el proceso examinando a quienes obedecen la Constitución y quienes se salen de la Constitución. Y los militares han estado dispuestos a segar las cabezas de quienes se salen de la Constitución. Entonces el respeto por la ley es lo que ha constituido la esencia del Estado. Históricamente eso es una aberración. Podrá ser un buen argumento de tipo jurídico o legal, pero históricamente es una aberración.

Si uno plantea, por el contrario, el problema de la "construcción" del Estado, el cómo se construye el Estado, y plantea el problema de la legitimidad del Estado, por tanto, y plantea el cómo participa la sociedad civil en la construcción del Estado, cómo funciona la soberanía, la soberanía ciudadana real en la construcción del estado, entonces nuestra historia es un desastre. Como lo dice Góngora, (en el fondo tiene razón) de que el Estado en Chile se ha construido y reconstruido una y otra vez con la intervención de las Fuerzas Armadas, dentro de un régimen de ley marcial, estado de sitio, o como quieran llamarle; pero un Estado con exclusión de la ciudadanía civil en su mayor parte. Nunca en Chile ha habido una Asamblea Constituyente. Nunca. Lo que han habido han sido remedos, y no se han llamado Asambleas, se ha llamado Comités Constituyentes, designados a dedo por Diego Portales el año 33, Arturo Alessandri el año 25 y por un señor que prefiero no acordarme, el año 80. Entonces han sido unos pocos, 32 personas, en el caso de la Constitución del 33 del siglo pasado, trece personas en el caso de la Constitución del 25, y no sé muy bien el número, pero no son muchos más en el caso de la Constitución de 1980. Nunca hemos ejercido nuestra soberanía ciudadana en este país para construir el Estado Chileno. Este ha sido un subproducto de una decisión amparada bajo la espada militar o la bota militar, como prefieran, y un grupito de políticos y juriconsultos que son obsecuentes a ese Es-

tado. Ellos han dictado la ley, y como la policía obedece a esa ley, como los jueces obedecen a esa ley, como la burocracia obedece esa ley, eso funciona después como una maquinaria.

Pero eso es violencia. Vayamos sumando. Cercenamiento de nuestras identidades ancestrales del "poder de la identidad" como dice Manuel Castells en un libro. Esto además nos resta un buen trozo de ciudadanía, un buen trozo de soberanía, porque para qué diablos sirve la soberanía si no es para construir el Estado. O sea: el orden político institucional que queremos darnos, para realizar nuestros proyectos de vida, de sociedad. Se ha formado en una especie de cultura política en los chilenos, en que siempre pensamos que: "no poh, la política es cuestión de los políticos, el Estado lo hacen ellos, yo no me meto, yo no estoy ni ahí con ellos". Se ha ido formando una memoria cultural, política, que nos excluye automáticamente de los procesos de construcción de Estado, y eso cercena esta cultura identitaria respecto de la soberanía del ser ciudadano, como estaba diciendo.

Tenemos en tercer lugar el mercado internacional. En Chile ha imperado el libre-cambismo (que da libre entrada al mercado internacional) que ha seguido de cerca a la instalación militar, o por la violencia, del Estado chileno. ¿Qué es lo que hizo Portales? Instaló un Estado violento y abrió las puertas al capital inglés, lo que significó: la entrada masiva de ingleses al país, la crisis del empresariado nacional, la crisis del empresariado popular nacional, la cesantía, aparece el "roto" en los caminos sin empleo, tiene que "echarse" al camino," y no pienso casarme, "pa'que", "no puedo mantener una familia", se pone violenta la relación entre él y la mujer o entre él y los hijos, y ahí va surgiendo la violencia de otro tipo. Durante todo el siglo XIX, mientras duró el estado portaliano, Chile fue un país libre cambista, o si ustedes prefieren libre mercadista, en términos de que abrió las puertas al capital extranjero. Tanto fue así que la oligarquía nacional, o si ustedes quieren, la burguesía nacional, tan poderosa entre los años treinta y los cincuenta, en 1910 estaba absolutamente colapsada, había perdido todas las "troneras" de acumulación capitalista a

manos de los extranjeros. Un cálculo que existe habla que alrededor de un 65 y un 70% del capital industrial, el capital comercial, el capital financiero y el capital productivo se generan en manos de extranjeros. Colapso del empresario nacional, colapso empresarial de la oligarquía nacional; comienzan ellos entonces, a autocriticarse, y comienza la hermosa literatura de la autocrítica oligárquica en este país. “La Casa Grande”, por citar alguno. El único periodo en que en Chile no hemos estado abiertos a un mercado internacional, fue en el periodo 1938 al 1973. Es la excepción, no es la ley. Ha sido una excepción. Y después hemos seguido la “tradicción” a este respecto.

La instalación del mercado internacional ha ejercido violencia, primero, porque ha sido amparado por un Estado “militarizado”; segundo, porque la violencia del mercado, digamos la supremacía tecnológica del mercado internacional, significó la destrucción progresiva de los empresarios productores locales. Y lo que es más importante, muchísimo más importante, es que la tecnología extranjera y la innovación tecnológica extranjera llegó al país rauda, vía puertos, vendiéndose, importándola barata. Y eso mató, literalmente, la capacidad nacional de producir tecnología propia, la capacidad nacional de controlar este factor que es fundamental, que es la innovación tecnológica, hasta el mismo día de hoy. ¿Y qué significa eso? Que nosotros como productores, ya no como ciudadanos, al perder la capacidad de generación tecnológica y controlar la variable de innovación tecnológica, hemos caído en una situación inerte frente al capital extranjero, independientemente de todo el problema del imperialismo y de la dependencia. O sea; hay un problema de control de una variable fundamental. Otro aspecto que cercena lo que somos.

En nuestra memoria está tan instalado que la tecnología se compra, que si uno dice lo contrario, nadie lo entiende. Me tocó hacer una investigación el año pasado, un proyecto Cepal, entrevistamos a un grupo de empresarios y estábamos investigando cómo se da en Chile la capacitación, porque se entrega una gran cantidad de dinero a los empresarios para que capaciten a sus trabajadores, y se

descubre que el grueso de ese dinero lo ocupan los empresarios en auto capacitarse, aprender inglés, capacitar a sus secretarías en programa de computación, etc. Y hay una muy bajísima capacitación del obrero productivo. Entonces, preguntamos; ¿Por qué?. Resulta que la tecnología llega al país a través de las máquinas nuevas que se compran. Entonces el empresario importa una nueva máquina, importa al técnico, el técnico le enseña a algunos trabajadores “in situ”, en el lugar, o sea dentro de la fábrica misma, y ahí se produce la asimilación de la tecnología extranjera, por tanto el empresario va a estar mucho más avanzado que el Inacap en equipos y por tanto con capacidad de capacitarse. Pero eso refuerza todo el mecanismo de la compra. Le preguntamos a Angel Fantuzzi - qué le parecía este fenómeno de que estén comprando las maquinarias, que la capacitación real de este país las dan los propios importadores de máquinas a los “regalones”, quiénes son los obreros que reciben la capacitación, por qué esos van a poder seguir haciendo carrera. Y nos dijo que “bueno, obvio, la tecnología se compra”. Que un empresario en plena globalización diga que la tecnología se compra. Uds. se darán cuenta de que no es un verdadero empresario. Ni en Japón, ni en Malasia le van a aceptar eso. Porque la esencia del capitalismo actual es la competencia. Y; ¿cómo se compete?. Bueno, innovando tecnológicamente. Por ese lado, hemos perdido, hemos cercenado otro capital social a nivel de empresarios, a nivel de productores, al nivel de los trabajadores, sumado ya a los otros.

Estos tres procesos son de construcción de estructuras; el primero es, estructura política, estructura estatal, estructura institucional, estructura legal. El segundo, de estructura económica. Yo diría que el primero de estructura cultural. Pero frente a esta estructuración de la sociedad chilena, que está basada en el ejercicio de una violencia, que de repente es militar, de repente de otro tipo, la violencia no es necesariamente física. La violencia más inteligente es aquella que se ejerce uno a sí mismo, que es lo que pasa hoy en día con el trabajador que lucha por sí solo contra el mercado y pierde y se echa la culpa él entonces de su fracaso, y le da por

el trago y le pega a su mujer y busca alternativas y mientras más toma más baja su calidad de actor, y se autoagrede. Eso es lo que uno observa.

La violencia no es necesariamente la cachetada inicial, o el bayonetazo. Como dice Max Weber: "una cantidad suficiente de bayonetazos en el momento preciso genera la cultura del temor, que dura más tiempo que el bayonetazo". Entonces las clases dirigentes pueden apostar a esa inversión sin necesidad de dar de nuevo un bayonetazo. El miedo dura bastante más tiempo y eso actúa por sí solo. La memoria social sigue actuando permanentemente, lo importante es modelarla entonces, porque eso nos asegura un autocontrol de la gente. Por eso, en Chile, las reacciones subjetivas, sea en el plano de estructuración de la sociedad, sea en el plano político, la rebelión, lucha de clases, cómo la izquierda se ha movido, los comunistas, los revolucionarios. Uno puede revisar toda la historia desde los pipiols y pasando por los liberales rojos, siguiendo por los radicales en su etapa inicial, por las mutuales, mancomunales, los comunistas al principio, los socialistas después, los miristas,... hasta el día de hoy y en todos los casos la respuesta para acabar con eso ha sido militar, sin excepción.

Por eso al lado de la cultura de la rebelión, está la cultura mortuoria. "Vis a Vis" con la cultura de la rebelión que trasunta toda la historia de Chile, está la cultura mortuoria. ¿Cómo celebramos un 11 de Septiembre? Bueno, vamos al Cementerio. ¿Nos enojamos el 11? Bueno los muertos. ¿No es acaso éste un resultado que ha permitido una verdadera inversión de las identidades?. En lugar de apostar a la potencia, de apostar al capital propio, en lugar de afirmarme, afirmo las negaciones y creo una cultura en torno a mis negaciones: la cultura de la derrota, la cultura de la muerte pasa a ser más importantes, pasan a ser más importantes que yo ser eficiente en la rebelión.

Hoy día está de moda el tema de la memoria. Hay una disputa por la memoria de manera muy clara. La fundación "Ford" está financiando la investigación de jóvenes investigadores para que trabaje en el tema de la memoria, el gran proyecto a nivel del cono Sur, Argentina, Uruguay, Chile y creo

que Brasil. El "Social Science Research Council" en EEUU está haciendo lo mismo. El "Banco Mundial" está haciendo lo mismo. Hay mucho interés en trabajar el tema de la memoria. Por otro lado, hay una cantidad inmensa de investigadores, que pueden, de repente, postular a fondos de la "Ford", en el tema de la memoria, pero precisamente para demostrar patentemente lo que estoy diciendo. O sea el cómo se ha construido una memoria cercenada, mutilada, que nos va a transformar en un homúnculo en casi todos los planos.

Por tanto, el problema que enfrenta hoy en día la juventud marginal, de las poblaciones, es cómo construir identidad dentro de una memoria social, una memoria pública, que ha sido cercenada quinientas veces. Entonces no les queda otra cosa que construir sus identidades al margen. Tal vez uno de las cosas más lindas de la cultura actual juvenil es cómo se construyen identidades con mucho sentido valórico, con mucho sentido ético, pero al margen. Es una verdadera maravilla lo que está ocurriendo al interior, por ejemplo, de las redes de los "raperos". Se acaba de hacer una investigación al respecto. Dentro de estas redes de "raperos" hay, bueno..., imposible de resumir acá eso, pero ¡cómo hay construcción de identidad expresiva!, no de identidad con respecto a una estructura. Yo no construyo identidad estructural siendo "rapero", pero construyó una identidad expresiva, creo música, creo baile, creo movimiento, creo grafitis, creo redes, creo espacios... por mí mismo, y la identidad se agota, se realiza plenamente en el momento en que hago la expresión. No tengo que construir un plan de largo plazo. Hay verdaderas maravillas ahí de construcción autónoma de identidad, donde se es plenamente ciudadano..., no hay nada más impresionante que ser ciudadano al interior de una red de "raperos". ¡ Como respetan al otro!, ¡ cómo respetan la diversidad!, ¡ cómo las organizaciones aquí son fluidas!, porque da lo mismo que hayan "raperos" que están en tres grupos distintos cantando. A nadie le importa. Hay verdaderas maravillas dialécticas, un micro fenómeno en micro sociología o micro historia, o lo que ustedes quieran, pero ahí hay algo, que habría que estudiar mejor.

Bueno, para terminar ya diría que la historia de Chile ha sido estudiada de tal manera que los hechos de violencia han sido monumentalizados. Usted recorre la Alameda, están todos los “violentos” ahí transformados en mármol, en cemento y de repente un poquito de yeso también. Recorre las calles y todos los nombres tienen que ver con un “violento”, y pueblo a pueblo se repiten los mismos. Se ha borrado la toponimia, nuestro aeropuerto principal lleva el nombre de uno de,... , de los... de esos. ¿Y Pudahuel, nuestro nombre autóctono?

Nuestra historia ha sido volcada también para eso. Se nos muestran símbolos de identidad que

muestran eso. Bueno, muy patética la cosa, pero no desesperanzada, por que se podría hacer la historia inversa, la historia de la reacción a la violencia que no la he contado aquí. Conté el pedacito final de los “raperos”, lo que es muy lindo. Bueno, por eso que tú comentabas que este libro que sacamos hace poco que es la “Historia de Chile”, a nivel de volumen 1, se refiere a la cosa del Estado (que lo escribí yo) el segundo lo escribió otra persona y tiene que ver con esta identidad ciudadana, lo que le ha pasado a esta identidad ciudadana durante la historia. Es eso lo que yo quería comentar hoy. Gracias.

Comentarios Prof. Juana Kovalskys

La contundencia de las ponencias que hemos escuchado esta mañana, constituye un desafío a la intención de integrar contenidos que en una primera lectura pueden parecer disímiles. Pero entiendo que es un proceso que recién iniciamos y en este sentido quiero comentar brevemente algunos aspectos y luego daremos lugar a las preguntas.

Pensando en la violencia puesta en acto, creo que un aspecto relevante lo constituye su doble dimensión – individual y social – y desde esta perspectiva debe ser comprendida como una expresión concreta de la historia de este país, cuyo carácter fragmentado y disociado, está paradójicamente normado en términos valóricos, por lo que el profesor Holzapfel denominó ética positiva, despojada del cuestionamiento permanente que ella requiere.

Un segundo aspecto que me parece relevante es el de la memoria social, entendida como producto de un proceso colectivo de reconocimiento y resignificación de los hechos históricos, lo que hace posible que se constituya en un eje que le otorga un sentido de continuidad a los individuos y a la sociedad.

Atendiendo a las ideas expuestas por el Prof. Salazar, pareciera que la memoria social de los sucesos históricos, de algún modo ha rehuido reconocer la connotación “guerrera” de gran parte de ellos y en consecuencia ha rehuido también la comprensión de los factores que la explican. Una de las consecuencias de esa invisibilidad es la falta de registro respecto a cómo la violencia puede afincarse como uno de los elementos constitutivos del funcionamiento social, con el riesgo de ser reconocida solamente a nivel privado, como producto de subjetividades alteradas y despojada de una perspectiva explicativa que incorpore la dimensión social y política.

Los invito a participar en base a éstas y muchas otras ideas que seguramente los inquietan.